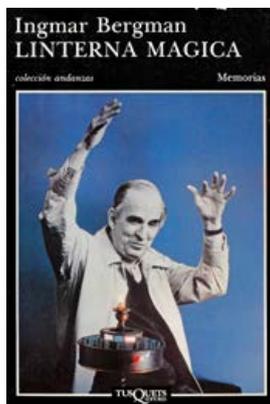


# Suecia: Nombres de la fantasía y el sueño

Antón Castro

Un viaje lleno de emociones a través del cine sueco con la destacada imagen de Ingmar Bergman, de la literatura y de Artur Lundkvist.



Poco después de *Abba* y *Pippi Calzaslargas*, con la que nunca simpatiqué del todo, quizá mi primer recuerdo plenamente sueco sea la película *El séptimo sello* de Ingmar Bergman (1918-2007). Me impresionó por completo: por los escenarios, por la compañía ambulante de teatro, por la presencia de la muerte, tan estilizada y sombría, por la atmósfera, por la sensación de provisionalidad del existir y por el juego de ajedrez. Aquella película me perturbó, de un modo bien distinto a cuando empecé a ver las primeras películas de Bergman en las matinales de los Multicines Buñuel. *Un verano con Monika*, con la espléndida Harriet Andersson, se convirtió en una de mis favoritas: era la exaltación de la libertad, de la belleza, del deseo, de la carne ofrecida como un trozo de mar y de delirio entre las rocas.

De aquella película extraje algunas consecuencias sobre el erotismo en Suecia, tan diferente al que veíamos en las casposas películas españolas. En *El séptimo sello* vi que Suecia también tenía sus zonas de tiniebla y de alucinación. Y poco después, en ese viaje a través del universo de Bergman, me enfrenté con *Fresas salvajes*, una película sombría y espléndida sobre las relaciones, sobre la complejidad y

sobre el viaje de la vida que se alimenta de una inesperada ternura. Junto a Victor Sjöström (1879-1960) estaba una de esas actrices turbadoras, tan bellas como atormentadas, Ingrid Thulin. Ya la conocía y me había fijado en ella, en sus gestos, en sus incendios de adentro, en su intensa mirada, tan honda como torva o dolorida. La había visto en *La caída de los dioses* de Luchino Visconti, y creo que fue lo que más me desconcertó de la película: su inclinación hacia el incesto con su propio hijo (Helmut Berger), su desgarró, su morbidez inacabable y turbulenta, su suavidad de gata hambrienta de amor, su enfermedad búsqueda de la plenitud.

En realidad, ahora me doy cuenta, miento: cuando llegué a Zaragoza en 1978, un día fui con Luis Felipe Alegre al Teatro Principal y asistí a una representación de la Escuela Municipal de Teatro de *La señorita Julia*: una joven alumna, que se parecía un poco a Ingrid Thulin, encarnaba a aquella mujer compleja que le hurtaba pasiones a la vida y a los demás. Tras la representación, acudimos al café El Ángel Azul y allí, como quien no quiere la cosa, recibí indirectamente una de mis primeras lecciones de teatro y, sobre todo, de August Strindberg (1849-1912). Estaba la joven actriz con su impo-

nente vestido rojo de la función, a la que nunca más he vuelto a ver, fue felicitada, elogiada, interpelada y ella se sentía la reina de la noche. A todos les contaba cómo había sido su trabajo, quién era el autor, qué diferente debía ser Suecia a España. “O a lo mejor no tanto —dijo—. En todas partes las ricas se enamoran de los pobres y se burlan de ellos. En todas partes reina la oscuridad”, me pareció oírle. Luis Felipe Alegre, el actor y rapsoda de *El Silbo Vulnerado*, se reía con una mezcla de complicidad, picardía e indolencia, y acariciaba los poemas manuscritos de Pinillos o Ángel Guinda que llevaba en los bolsillos.

August Strindberg siempre me pareció un poco tosco y doliente. Durante años. Pero un día adquirí un catálogo con su pintura y sus fotografías, valiosas e inspiradas, y empecé a mirarlo de otro modo. He ido adquiriendo sus novelas, sus dramas: me ganó más que por su literatura por su condición artística y, por qué no decirlo, por su existencia convulsa. Ingmar Bergman seguía ahí: era un genio, a veces un genio fatigoso, casi arrogante, pero con un mundo propio desapacible y dramático. Me gustaban muchas cosas de él, más allá de su cine: su condición de escritor y su pasión por el teatro y la

ópera, me gustaba que le gustase tanto a Woody Allen, que a principios de los 80 solo era un tipo simpático con mucho sentido del humor y poco sentido del ridículo, me gustaron sus memorias, *Linterna mágica* (Tusquets, 1988) y una película más de él: *Fanny y Alexander*, descompensada y genial, basada en sus propios recuerdos. Otras que vi me resultaron un tanto insufribles o áridas: llegué a ver en los cineclubes de entonces *El huevo de la serpiente*. Nunca me convenció. Me pareció sibilina, críptica y tal vez plúmbea. Con el paso de los años, me percaté que la había visto tantas veces por amor a la fragilidad de Liv Ullmann. Por su sonrisa de cristal, por su condición etérea. Por entonces, en la práctica, suscribía por entero aquello que dice Fernando Trueba: uno va al cine a enamorarse. De Harriet Andersson, de Liv Ullmann, de Ingrid Thulin. Y ya que de suecas hablamos uno iba para enamorarse de Ingrid Bergman, que durante muchos años fue mi actriz favorita y la mujer imposible de mis días de primera juventud (me quedo con *Encadenados*, *Luz de gas*, *Casablanca*, *Recuerda*, *Arco de Triunfo...*), y también de Greta Garbo.

Greta Garbo fue muy importante en mi afición al cine: encontré un libro espléndido de fotos de ella y de sus películas y quise escribir una biografía. Lo leí todo, estuve a punto de viajar a Estocolmo, busqué referencias de Mauritz Stiller, que me produjo mucha simpatía: fue su enamorado y su Pígmalión, hasta que Hollywood y sus vanidades —y entre ellas el actor John Gilbert— lo alejaron de ella. La Esfinge no era una mujer simpática, pero sí misteriosa, atractiva, con secretos. Aquí en Aragón, llevados algunos por la fantasía y los cuentos de fantasmas, se escribió que la habían visto, retirada y tranquila, por las Cinco Villas, en concreto en los atardeceres por las afueras de Ejea, con la pañoleta anudada en la cabeza. A través de Bergman y de sus libros, especialmente el citado *Linterna mágica*, conocí a sus traductores: la gallega Marina Torres y el aragonés de Zaragoza Francisco J. Uriz. Los dos eran como españoles errantes en

territorio sueco, o nórdico en general, y lo hacían casi todo: traducían poetas y narradores suecos, divulgaban en monografías de *El público* el universo escénico de Bergman. Y, además, Uriz era el traductor y “poeta español” de Olof Palme (1927-1986). Con las salvedades ya expresadas, Suecia y su vasta cultura se hicieron más intensas en mi vida y en mi trabajo gracias a ellos. Y, ya de paso, gracias a La Casa del Traductor, que Uriz puso en marcha a finales de los años 80.

Adquirí libros de otros escritores: Selma Lagerlöf, Astrid Lindgren, Nelly Sachs y, muy especialmente, Gunnar Ekelöf (1907-1968), que era una debilidad de Uriz y me lo recomendaba a la menor ocasión. Hace no demasiado tiempo vi en su casa de la avenida Valencia su poesía completa en lengua original y experimenté una gran emoción: Ekelöf, tan variado y difícil, tan intenso y alegórico, es un extraordinario poeta. En Aragón, dicho sea de paso, cuenta con un estupendo ilustrador: Natalio Bayo. Entre otros trabajos destaca, para Nórdica, *La leyenda de Fatumeh*, en versión de Uriz.

“ Ingmar Bergman seguía ahí: era un genio, a veces un genio fatigoso, casi arrogante, pero con un mundo propio desapacible y dramático. ”

En esta lista hay otros muchos nombres. Algunos tan recientes como la poeta, narradora y periodista Sun Axelsson, la mujer que perdió la cabeza por Nicanor Parra; como la artista abstracta y geométrica Hilma af Klint, de la que me habló Lina Vila y que fue presentada en el Museo Picasso de Málaga, o el escritor Stieg Larsson, cuya trilogía *Millennium* me gusta sobre todo por su intensa defensa del periodismo. Y, entre los más lejanos, estaría el realizador Lasse Hällström, que firmó dos espléndidas películas, en medio

de una trayectoria personal y de calidad, como *A quién ama Gilbert Grape* y *Las normas de la casa de la sidra*.

Para cerrar este viaje impresionista querría recordar a un personaje del que se hablaba a menudo en las letras españolas, en los *Cuadernos de Traducción* de la Casa del Traductor de Tarazona y con motivo de la aparición de su antología *Textos en la nieve* (Fundación Jorge Guillén, 2002) que tradujo, cómo no, Francisco J. Uriz: Artur Lundkvist (1906-1991) De él se decían algunos lugares comunes: que adoraba a Pablo Neruda, que era su dios y su ídolo, y que despreciaba tanto a Jorge Luis Borges como a Graham Greene. La palabra desprecio es exagerada, pero aquí no es del todo inexacta. Le interesaron en cambio Juan Ramón Jiménez y Lorca, probablemente los dos poetas mayores del siglo XX en España, a los que tradujo, y apoyó a Vicente Aleixandre, Octavio Paz y Cela. Él era muchas cosas: un crítico, un poeta (“es uno de esos poetas de la verdad declarada, de la íntima autenticidad” escribió Neruda en 1973), un narrador, un viajero (recuerdo su estupendo *Viajes del sueño y la fantasía*, Montesinos, 1989, con prólogo de Carlos Fuentes) y uno de esos hombres que se mueven bien en los pantanosos terrenos de la literatura. Fue uno de los próceres, reales y ocultos, del Nobel de literatura y fue, ante todo, un estimable autor que conocía bien España, donde solía pasar pequeñas temporadas, un buen traductor y un defensor de las letras españolas e iberoamericanas. Él, enamorado de Goya, siempre ha estado ahí como un protector y un apasionado de lo hispánico. Y, sin duda, de Aragón, a través de Servet, Gracián, Buñuel y el citado Goya. Eloy Fernández Clemente recordaba hace poco un viaje suyo por Aragón: “Gracias a Paco Uriz pude conocer al gran académico sueco, el que decidía los premios Nobel a autores en español, Artur Lundkvist, un personaje extraordinario, al que acompañé junto a Labordeta por tierras de Goya, lo que le sirvió para escribir un precioso libro mal conocido aquí”.